

CAPITULO XLV.

La prision de Moctezuma.



o quiso Cortés que los capitanes comunicasen á los soldados la arriesgada empresa que iban á acometer.

Pero convenia á su propósito que estuvieran prevenidos para contrarestar cualquier acto de oposicion de los mexicanos, y simulando temores, pusieron en pié de guerra los capitanes á los soldados de sus tercios.

A cosa de las nueve de la mañana salió Hernan Cortés de su palacio con los capitanes Juan Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado, Francisco de Lugo, Gonzalo de Sandoval y Alonso Dávila.

Treinta soldados de toda su confianza, perfectamente armados, le siguieron como acompañamiento.

Inútil es añadir que Marina iba al lado de Hernan Cortés, porque tenia que servirle de intérprete en su entrevista con Moctezuma.

Confiado el caudillo de los españoles en la lealtad de Ilbialbi, le envió por las calles para que explicase á los mexicanos lo que significaba la visita que con tanto acompañamiento iba á hacer al emperador.

Los lectores supondrán que la mision de Ilbialbi no era comunicarles la verdad.

Recibió orden de decir á todos que los españoles iban á darle gracias por los festejos que en su honor se habian celebrado

y cuando los mexicanos preguntaban que por qué razon llevaba tanta gente é iban todos armados, contestaba el indio:

—Porque así hacen honor los españoles á los que como Moctezuma les inspiran veneracion y respeto.

Nadie, pues, sospechó el atrevido pensamiento que iban á realizar aquellos hombres.

Atravesaron la gran plaza de Tlatelulco, llamando como siempre la atencion de los que á aquellas horas vendian y compraban las mercancías.

Al penetrar en palacio anunciaron á Moctezuma su llegada y le pidieron licencia para celebrar con él una entrevista.

Como siempre, se apresuró Moctezuma á recibirle.

Los treinta soldados se quedaron aguardando órdenes en la antecámara.

Hernan Cortés, Marina y los capitanes penetraron en la estancia de Moctezuma; despues de las palabras que al despedirse la noche anterior habia pronunciado Hernan Cortés, Moctezuma estaba receloso.

Sus espías le habian dicho que la noche anterior habian llegado á la morada de los españoles y conversado con Cortés seis tiempos.

La visita del jefe de los españoles, debia por fuerza referirse al acontecimiento que lamentaban, y que hasta entónces ignoraban todos en México.

Procuró disimular su emocion, y recibió con afable sonrisa á los extranjeros.

—Muy de mañana venís á honrarme, dijo á Hernan Cortés, al mismo tiempo que saludaba afectuosamente á los españoles.

—Una imperiosa necesidad me obliga á ello, contestó Hernan Cortés.

—Hablad, dijo Moctezuma.

—Confiado como confio en vuestra amistad, presumo que voy á daros una triste y desagradable noticia.

—No os comprendo.

—O ignorais lo que pasa en vuestros estados, ó un suceso que ha tenido lugar en vuestros propios dominios ha debido pareceros tan censurable, y al mismo tiempo tan lastimoso, que por no afligirme me lo habeis ocultado.

Despues de estas palabras no habia duda ninguna.

Hernan Cortés sabia el atentado que en presencia de los españoles habia cometido el general Qualcopoca.

A pesar de los esfuerzos que hacia Moctezuma, palideció.

—Ahora bien, prosiguió Hernan Cortés; yo necesito convencerme de vuestra sinceridad, porque las apariencias me hacen dudar de ella.

Uno de vuestros generales, aprovechándose de nuestra ausencia, ha hecho armas contra los españoles.

Al pedirle cuenta de su conducta, ha manifestado tal vez para excusarse, que obedecia las órdenes que le habiais dado.

Y una de dos: ó ese hombre ha mentido y merece un ejemplar castigo, ó la conducta que observais con nosotros es impropia de un monarca tan poderoso como vos, puesto que aquí nos agasajais y léjos de aquí mandais ofender á nuestros hermanos.

Moctezuma, que al principio pensó aparentar que ignoraba el suceso, no pudo contenerse, y exclamó:

—Miente como un villano quien diga que yo he dado esas órdenes.

—Así lo creo, repuso Cortés; pero no por eso es ménos cierto que vuestro general os ha ofendido.

Por mi parte, doy entero crédito á vuestras palabras; pero mis soldados, que no os conocen como yo, y acaso, acaso vuestros mismos vasallos, pensaràn, al saber lo que ha sucedido, que no habeis aceptado nuestra amistad con el sincero propósito de pagarla, y va á ser muy difícil que yo pueda contener á los míos y que vos podais disuadir a los vuestros.

— Puedo aseguraros, dijo Moctezuma, que lamento con toda mi alma la lucha que ha tenido lugar, y que es tan leal el afecto que os profeso, que no habrá sacrificio que no arrostre por demostrároslo.

—En las palabras que acabais de pronunciar, dijo atrevidamente Hernan Cortés, hallo el medio de que todos quedemos satisfechos.

—¿Qué quereis decir?

—¿Condenuis la conducta de vuestro general? interrogó Cortés.

—Sí.

—¿Creeis que mis soldados os consideran como amigo?

—Sí.

—¿Quereis que vuestros vasallos nos respeten, que no se valgan de lo que ha pasado para provocarnos á una lid que seria desastrosa?

Moctezuma contestó de nuevo afirmativamente.

—Pues bien; en ese caso, voy á exigiros no un sacrificio, sino un favor.

—Hablad.

—Se trata de que abandoneis vuestro palacio por unos dias, para residir en el que habeis puesto á mi disposicion.

Moctezuma se levantó, y retrocediendo maquinalmente:

—¿Qué intentais? exclamó.

—De esa manera se convencerán mis soldados de vuestra lealtad, toda voz que no teneis inconveniente en vivir á nuestro lado; y vuestros vasallos se persuadirán tambien del afecto que nos teneis por la prueba de confianza que nos dais.

—Eso nunca, dijo Moctezuma.

—Yo os empeño mi palabra, insistió Cortés; mi palabra de caballero y de soldado, de que sereis acatado por toda mi gente, sin que nada os falte en nuestra compañía.

Pero la condicion que os suplico es de todo punto necesaria para que la paz se mantenga entre nosotros.

Hernan Cortés calló.

Moctezuma no supo qué responder á aquellas atrevidas palabras.

No se ocultaba á su penetracion que lo que Hernan Cortés queria era constituirle en su prisionero.

La audacia del soldado que á tanto se atrevia, le sorprendia más que la angustiada situacion en que le colocaba.

Hernan Cortés insistió.

—Ya veis, dijo, que el hospedaje que deseo daros no es indigno de vos: es uno de vuestros palacios.

Acostumbráis á vivir en él algunas temporadas.

Vuestros vasallos no extrañarán vuestra determinacion, si saben que el motivo que os obliga á vivir entre nosotros es el de condenar la conducta de vuestro general é inspirar confianza á vuestros súbditos.

Vuestro pueblo comprenderá tambien que ese es el mejor medio de evitar una guerra; que de lo contrario seria necesaria, puesto que entre poderosos monarcas, como el que yo represento aquí y vos, no es posible arreglar diferencias de este género sin empeñar dolorosas luchas.

Apénas oyó Moctezuma estas palabras, bajo la influencia de un peso inmenso, volvió los ojos á su pasado y no pudo explicarse cuál era la influencia, la fascinacion que ejercian sobre él los extranjeros, cuando al escuchar sus proposiciones ne se habia rebelado contra ellos, y por haberle hablado solamente no les habia condenado á perecer en el ara.

Condensó toda la fuerza que aún quedaba á su espíritu, y dirigiendo una mirada arrogante al jefe de los españoles:

—Los príncipes de mi raza, dijo, no pueden consentir en ser prisioneros, aunque sean de oro las cadenas en donde les sujeten.

Pero si yo fuera bastante débil para no oponerme á esa resolucion, que atenta á mi independendencia, á mi dignidad, los me-

xicanos todos se opondrían á que se consumase semejante baja-za, y envolverían en su anatema á su monarca y á sus perseguidores.

Paréceme, contestó Hernan Cortés, sin recurrir todavía á la fuerza, sino á la persuasion, que manifestándoles que vuestra resolucion ha sido espontánea, hija del afecto, nada más que del afecto, no solo no se alarmarian vuestros vasallos, sino que verian en vuestro generoso sacrificio el deseo de evitarles una guerra.

Pero aunque así no fuese, aunque vuestros temores se confirmasen, y reunidos por una sola voluntad quisieran castigaros y extender á nosotros su venganza, no lograrían más que anticipar su ruina, porque los hombres de nuestro temple son invencibles.

—No intentéis arrancarme de mi palacio, porque no saldré de él, repuso con fingida firmeza Moctezuma.

—Soy vuestro amigo, y sentiria en el alma que me obligáseis, por cumplir con un deber, á sacrificar el afecto que os profeso.

—Buscad otro medio cualquiera para que os satisfaga, y lo aceptaré.

—No hay más que el que os he propuesto, dijo Cortés.

—Mandaré llamar á Qualcopoca y á los demas soldados que se han batido con los españoles, y os los entregaré para que les impongais el castigo que mejor os cuadre.

—Esa satisfaccion no basta.

—Os daré á mis dos hijos en rehenes para inspirar confianza á vuestros soldados.

—¿Y qué pensarían de un padre que se separa de sus hijos de esa manera?

—Pues basta mi palabra, que demostrado tengo no ser hombre capaz de esconderme ni de huir.

—Desengañaos: el único medio de que quedemos todos satisfechos, es que nos sigais.

—¡Eso nunca!

Los capitanes estaban impacientes.

—Basta ya de contemplaciones, dijo Velazquez de Leon; y si no quiere venir de grado, que venga por fuerza.

—Sí, sí, dijeron todos los capitanes, aguardando con ansia una señal de Cortés para apoderarse del emperador.

Sus movimientos y el acento de sus palabras llamaron la atención de Moctezuma.

—¿Qué dicen esos hombres? preguntó á Marina.

—Están impacientes, contestó la jóven; y yo, que soy de vuestra raza; yo que por esta razon os debo gratitud, añadió, fingiendo que se ponía de su parte, os aseguro, gran señor, que vais á dar lugar á grandes calamidades si no cedéis á los deseos de esta gente.

Yo, que los conozco, porque por mi desgracia soy su esclava, no dudo un solo instante de su superioridad.

Sé que si accedeis á sus ruegos os tratarán con las mayores consideraciones; pero si os negais á acompañarles, peligra vuestra vida.

El acento compungido de la jóven india, el ascendiente que ejercian aquellos hombres sobre él, hicieron que el monarca poderoso, invencible hasta entónces, perdiendo la entereza que le habia conquistado tanto renombre en las lides, se adelantara hácia Hernan Cortés con la humildad del siervo, y exclamase:

—Quiero probaros que no soy vuestro enemigo, que tengo confianza en vos.

Estoy pronto á complaceros.

Partamos donde querais.

Me resigno á la voluntad de los dioses, porque ellos son los que han resuelto que vos mandeis y que obedezca yo.

Y mientras los españoles unos á otros se miraban maravillados de la facilidad con que habian conseguido aquel inmenso triunfo, Moctezuma dió orden á sus servidores para que previniesen su silla de honor y convocasen á sus consejeros.

—He tomado una resolucion, les dijo; y quiero comunicárosla.

Los dioses quieren que viva algun tiempo en compañía de los españoles.

Para acatar su voluntad, yo mismo les he rogado que me ofrezcan alojamiento en su morada.

Vosotros cuidareis de enviar inmediatamente á un capitan de mis tropas para que traiga preso á Qualcopoca y á todos los demas que han luchado en Zempoala con los españoles.

Y desprendiéndose del sello con que autorizaba sus órdenes:

—Dadle mi sello para que Qualcopoca y los demas que le acompañaban no vacilen en reducirse á prision.

Vosotros, añadió, cuidareis de mi palacio y de mi familia durante el tiempo que yo resida fuera de aquí.

Todas estas órdenes fueron trasmitidas por Marina á Hernan Cortés, y el emperador, despues de terminar aquellos encargos:

—Estoy á vuestra disposicion, dijo á los españoles.

—Habeis salvado á vuestra patria, le dijo Hernan Cortés.

—He obedecido á la voluntad de los dioses, contestó Moctezuma, ahogando el dolor que pugnaba por salir de su pecho.

En aquel momento anunciaron que la emperatriz y sus hijos querian verle.

—No, exclamó Moctezuma, no quiero que me vean.

Y dirigiéndose á Hernan Cortés:

—Se avergonzarian de mí, añadió.

Los españoles rodearon al emperador, abandonaron su estancia en seguida, y los treinta soldados llegaron á la puerta de su palacio.

La muchedumbre se agolpó; pero el emperador se mostró risueño á sus vasallos.

No fué asombro, fué estupor el que se apoderó de los mexicanos al saber que el invencible Moctezuma consideraba de tal manera á los españoles, que no titubeaba en constituirse voluntariamente como su prisionero.

CAPITULO XLVI.

El prisionero.



UNDIÓ con rapidez eléctrica por México la noticia de tan extraordinario suceso.

Unos á otros lo comentaban, y puede decirse que todos los habitantes de la ciudad eran instantáneamente dominados por un asombro que terminaba en el más profundo desaliento.

Muchos se agolpaban en las calles por donde avanzaba la comitiva, sin que ninguno pudiera explicarse el objeto que por allí llevaba al monarca.

Pero Moctezuma manifestaba á todos con la serenidad de su semblante que no corría peligro, y aun á las miradas más expresivas de sus vasallos contestaba con otras, pidiéndoles que no considerasen aquel acto como una agresion de los españoles.

—¿Qué podrá ser esto? se decian unos á otros.

—Los vaticinios empiezan á cumplirse.

—Si son los españoles descendientes de Quezalcoal, natural es que nuestro soberano respète su voluntad en todo y por todo.

—¿Quién sabe si será el principio de nuestro fin?

No tardaron en saberse las órdenes que habia dado Moctezuma para que compareciese en México Qualcopoca, y esta noticia aumentó las dudas y zozobras de los mexicanos.

La emperatriz no tardó en saber la resolucion de su esposo, y quiso acompañarle.

Temixpa su hija y el príncipe de Iztacpalapa, se opusieron á ello.

—Respetemos la voluntad de Moctezuma, dijo Quetlahuaca. Indecisos estaban los miembros de la familia imperial, cuando se presentó Cacumatzin.

—Todo está perdido: los españoles han arrojado el disfraz con que se han presentado, y despues de convencerse de nuestra debilidad, nos han ultrajado.

Por mi parte, declaro que es en justo castigo á la condescendencia de Moctezuma.

Pero si él ha sido víctima de esos hombres, no debemos serlo nosotros, príncipes de la sangre y guerreros acostumbrados á morir ántes que ser esclavos.

Volviéndose á Temixpa, de quien era prometido esposo:

—Nuestra union es ya imposible, exclamó, Moctezuma se ha dejado arrancar afectuosamente la corona y miéntras permanezca en tan culpable abandono, no puedo yo considerarle como mi soberano, ni siquiera como amigo.

El es el primer enemigo de México, y yo me encargo de vengar á mi patria.

Al decir esto se alejó de la estancia donde pasaba aquella escena.

Miazochil envió inmediatamente un emisario á Guatimotzin para anunciarle lo que pasaba, y decirle que acudiera en su auxilio.

—La desgracia es cierta, decia la emperatriz, miéntras que resonaban en torno suyo los ayes de su hija y las exclamaciones de toda la servidumbre que le rodeaba.

¿Qué es el valor de los mexicanos?

¿Cómo han consentido que los extranjeros saquen á Moctezuma de su palacio y le obliguen á responder con su persona de los actos de uno de sus capitanes?

La desesperacion de Miazochil fué mayor cuando poco despues acudió Guacolando á verla de parte de su esposo, y á decirle que estuviera tranquila, que no habia salido de su palacio

por mandato de los españoles, sino animado por el deseo de manifestarles que era leal y sincera la amistad que les profesaba.

El ministro de Moctezuma llevaba el cargo de conducir á la nueva morada del emperador los muebles y los objetos de su uso para adornar las habitaciones que iba á ocupar.

Al mismo tiempo tenia encargo de anunciar á la familia del emperador y á todos los magnates de su corte, que podian ir á visitarle cuando quisieran, en la seguridad de que los españoles les dejarian franco el paso.

Moctezuma quiso convencerse de que aquella prision era voluntaria; y se mostró afable con todos los españoles, asegurando repetidas veces que era inmensa su satisfaccion compartiendo su morada con unos hombres á quienes estimaba tanto.

Hernan Cortés, sin darse cuenta todavía del triunfo que habia obtenido, se propuso tratar con las mayores consideraciones al monarca.

Por la tarde le pidió licencia para visitarle, y al presentarse á él repitió las mismas ceremonias que cuando le visitaba en medio de su espléndida corte.

Pretextando que era costumbre entre los españoles dar guardia de honor á los soberanos, colocó centinelas en las habitaciones contiguas á las de Moctezuma.

So pretexto de que le hicieran compañía, dispuso que los capitanes se reemplazaran unos á otros en el cuarto del mísero monarca.

Moctezuma recibia con afabilidad á unos y á otros, y ocultando su pena agasajaba á los capitanes y á los soldados, ofreciéndoles alhajas y pidiéndoles que las guardasen como recuerdo suyo.

Dispuesto á sufrir con resignacion, puso todo su empeño en que los españoles no conociesen su flaqueza.

La misma conducta se propuso observar respecto de sus vasallos.

Ni á su esposa, que fué á verle, ni á sus ministros, ni á nadie descubrió el inmenso pesar que le acerba su alma.

El que habia sido débil ante la influencia de los españoles, estaba resuelto á devorar su pesadumbre para, que nadie conociese su debilidad.

No pasaron veinticuatro horas sin que los mexicanos creyesen que en efecto habia sido espontánea la resolucion de Moctezuma.

Más tarde, cuando se les hizo saber que habiendo los soldados de Quilicopoca ofendido á los españoles, de Veracruz, se habia aprestado Moctezuma á vivir entre los extranjeros para convencerles de que sus generales no habian interpretado sus sentimientos, vieron los mexicanos en este acto un deseo de evitar una guerra, en su concepto desastrosa, y hasta llegaron á agradecer á su monarca aquel inmenso sacrificio.

Los teopixques ó sacerdotes hicieron tambien correr la voz de que los dioses habian aconsejado á Moctezuma aquel acto de humildad.

Trascurrieron algunos dias, y al cabo de este tiempo el pueblo se acostumbra á que su soberano viviera de aquel modo.

Los criados de Moctezuma le llevaban desde su palacio la comida, y los mejores manjares los regalaba el monarca á Hernan Cortés y sus capitanes.

No por hallarse prisionero tenia descuidados los negocios. Sus consejeros y ministros iban á verle, tomaban sus órdenes, y Hernan Cortés consiguió que el mismo emperador concediese al ilustre caudillo licencia para asistir á los consejos, con objeto de que se convenciera de que en ellos no se disponia nada que pudiera perjudicarle.

El soberano de México llegó en breve á saber el nombre de todos los capitanes, y hasta conocer su carácter.

Por las tardes paseaba con ellos y con Hernan Cortés por los

jardines, y jugaba con los españoles al *totoloque*, juego de toda su afición.

Tenia este por objeto derribar con pequeñas bolas unos bolillos del mismo metal.

Era el juego que se conoce entre nosotros con el nombre de los *bolos*.

Jugaban joyas, que ganaba el que hacía ántes cinco rayas.

Cuando jugaban Cortés y Moctezuma, repartían el último sus ganancias entre los españoles, y el primero hacía lo propio con sus soldados.

Todas estas ocupaciones del continuo trato con los españoles hacían que Moctezuma sintiese cada día más simpatía hácia sus opresores.

Aprovechábanse ellos de la influencia que ejercían sobre su ánimo, y fray Bartolomé de Olmedo le hablaba sin cesar de los misterios de la religion Cristiana.

Aun cuando Moctezuma escuchaba con verdadero éxtasis las palabras del misionero, era de todo punto imposible apartarle de sus creencias.

Llegando á noticia de Hernan Cortés las medidas que tomaban algunos de los príncipes para vengar la ofensa que habían inferido los españoles á su nacion aprisionando á Moctezuma, aprovechó una ocasion favorable para aumentar el terror que ya inspiraba á los mexicanos.

Qualcopoca llegó con su hijo Zimpazin y algunos otros jefes del ejército que mandaban en Zempoala.

Después de hablar con Moctezuma, los envió éste á Hernan Cortés para que les interrogase y les impusiera el castigo á que se hubieran hecho acreedores.

Este acto debía, en concepto de los mexicanos, llevar la tranquilidad á los españoles y poner término á la difícil situacion del emperador.

Hernan Cortés no desperdició aquella ocasion que se le presentaba para aumentar su influencia y su prestigio.

CAPITULO XLVII.

Amargás reconvenções.



QUALCOPOCA era un hombre de un aspecto formidable.

Acostumbrado á vivir en la intemperie, su piel estaba curtida, y las rayas oscuras con que adornaba su rostro, al mismo tiempo que el plumaje de un rojo vivo de su cimera, aumentaban horror á su fisonomía.

Apénas supo que Moctezuma le mandaba llamar, se apresuró á obedecer la orden del monarca, porque como todos los vasallos, obedecía ciegamente al emperador.

No era solamente el deseo de obedecerle el que le impulsaba á llegar á México con su hijo Zimpazin y algunos de los capitanes de su ejército.

El oficial que habia llevado orden de prenderle le habia referido la resolucion del emperador Moctezuma de ir á vivir con los españoles, para demostrarles su inocencia, y este acto habia indignado á Qualcopoca.

—Una de dos, se habia dicho: ó los españoles son en efecto superiores á nosotros, ó se han valido de algun conjuro para destruir la fortaleza de Moctezuma.

Que no son inmortales los extranjeros, ya lo sé; obedezcamos al emperador, y salvémosle si es preciso.

Antes de llegar á la morada de los españoles, fué conducido Qualcopoca con su hijo y los que le acompañaban al palacio de Moctezuma.

Cacumatzin deseaba verle, porque conocia su energía, y creyó